

## **Apuntes para un estudio sobre la generación literaria del cambio**

**Antonio Gómez Rufo**

Todas las generaciones literarias han sido definidas históricamente por el tiempo en que vivieron y por las características de su época. Hombres y mujeres, no sólo escritores pero en su mayoría escritores, marcados por unas circunstancias políticas, sociales y culturales en las que enmarcaron su trabajo, o mejor dicho, su forma de trabajar; creadores que dieron contenido a una etapa concreta de la cultura y la literatura españolas con el uso de modos expresivos, temas comunes, compromisos ideológicos y cargas estéticas identificables. Si cada generación literaria puede hoy estudiarse con cierta coherencia intelectual y personal, no cabe decir lo mismo de los escritores que hoy escriben en castellano y a lo que genéricamente puede denominarse La generación del cambio.

La definición viene dada por un doble hecho histórico: es, por una parte, la generación que inició su andadura o la consolidó en los años 80, en el momento que se empieza a ver la transformación política española con la llegada de la izquierda al poder, después de medio siglo de dictadura, reforma y renunciaciones, durante aquella noche del Hotel Palace del 28 de octubre de 1982; y, por otra parte, por ser la generación que asiste en plena madurez literaria al cambio de milenio, al advenimiento del siglo XXI y a la recuperación de la memoria de cuanto se había tenido que silenciar en el XX. La generación del cambio es, pues, tan hija de su tiempo como las demás generaciones literarias que observaron su época y trataron de describirla, pero sin condicionarla. La literatura española y la cultura en general tampoco ha determinado la evolución de España desde 1975 hasta hoy, pero hay indicios confusos de que en lo social pudo intervenir de un modo esencial.

Indicios confusos, decía. Y es que una característica fundamental de la generación del cambio ha sido la confusión en que ha crecido y en la que finalmente se ha establecido. Confusión política, social, cultural y de medios de comunicación, por un lado, y confusión temática, estética y de clanes por otro. La generación del cambio ha vivido en el laberinto, y sin embargo parecía que todo el mundo sabía moverse en él y que la confusión era siempre ajena, nunca propia. Estamos ante una casta literaria y creativa segura de sí misma, mimada por el poder o por la oposición, utilizada políticamente, apenas significativa desde el punto de vista social y objeto continuo de captura por el mercado, para convertirla en mercancía. Una generación que, al final, no quiere ceder a la tentación pero comprueba que quien cede, gana. Y en la sociedad de la imagen por fuerza ha de tributarse a la vanidad, y viéndose lo que se ve, las comparaciones son dolorosas.

Esta generación no está formada sólo por escritores, sean novelistas o poetas; también hay elementos culturales imprescindibles para entenderla que provienen del cine, la televisión, la música y el periodismo, sobre todo. Grupos que se expresan en diversos medios, como el cine y la música; colectivos tácitos unidos por un pasado común, casi siempre del viejo PCE; clanes geográficos; tendencias con idénticos compromisos estéticos; y, de manera esencial, medios de comunicación multimedia que moldearon una forma de transmitir la cultura, de fijar cánones literarios y de rentabilizar su aportación al proceso de regeneración cultural de las dos últimas décadas del siglo XX.

La generación del cambio nació como consecuencia de la recuperación de las libertades democráticas, creció al amparo de una necesidad social de devolver a la cultura la dignidad que intentó robarle la dictadura y se formó entre la confusión del cambio social, los intereses mediáticos y las nuevas formas de negocio editorial. Desde José Luis Sanpedro y Francisco Umbral hasta el joven Mañas o la galardonada Espido Freire, una gran generación del cambio se ha asentado en veinticinco años de literatura española.

## **El espacio y el tiempo**

La generación literaria del cambio es un movimiento desunido desde el punto de vista personal, catalogado a la fuerza por grupos periodísticos y editoriales ajenos a los mismos escritores y, sobre todo, coincidente en su compromiso con la democracia, un compromiso que en general se produjo con la izquierda española (el socialismo representado por Felipe González y la estela del PCE), y que posteriormente entró en un proceso de confusión, o de indefinición, como le sucede en casi todos los aspectos relacionados con la creación literaria.

Coincidentes con esta generación narrativa y poética, y en ocasiones entremezclados, convivieron cantautores (Aute, Serrat, Miguel Ríos, Víctor Manuel, Joaquín Sabina, Rosa León...), cantantes y músicos (Ana Belén, Carlos Cano, Camarón, María Dolores Pradera, Miguel Ríos, Enrique Urquijo, Carlos Berlanga, Auserón, Héroes del Silencio, Duncan Dhu, Celtas Cortos...), actores y actrices (Juan Diego, Ana Belén, Juan Echanove, Aitana Sánchez-Gijón, Antonio Banderas, Carmelo Gómez, Rosa María Sardá, Javier Bardem, Emma Suárez...), directores de cine (Almodóvar, José Luis García Sánchez, Medem, Trueba, Colomo, Bajo Ulloa, Amenábar...), profesionales de la radio y de la televisión (Iñaki Gabilondo, Mercedes y Lorenzo Milá, Fernando Delgado, Rosa María Mateo, Javier Sardá, el Gran Wyoming, Moncho Alpuente...), periodistas y hasta futbolistas, como Jorge Valdano. Personajes que protagonizaron o que se comprometieron con la regeneración cultural española una vez acabada la dictadura y que protagonizaron la evolución que tuvo su punto de partida en el Madrid de Tierno Galván y que de inmediato se extendió a toda España, por la necesidad que tenía el país de reconciliarse con todos los aspectos de la cultura. Unas voluntades comprometidas (Miguel Narros, José Luis Gómez, Tina Saíenz, Victoria Vera, Marisa Paredes, Ramoncín, Lola Gaos, Forges, Peridis, Gallego & Rey, Nuria Espert, Boadella y tantos otros) de los que algunos de ellos (pocos, eso sí) llegaron a militar en la izquierda para, finalmente, anclar en la derecha, producto de la confusión.

Pero de la vertebración cultural (y literaria también) se encargó el diario El País como vocación y también como estrategia diseñada en el momento de su fundación: una operación que Juan Luis Cebrián y su equipo supieron llevar a cabo de manera impecable. El periódico había nacido para liderar la transición española, y con tal empeño inició a gestionar no sólo una línea política e ideológica liberal (coincidente con el Diario 16, por ejemplo) sino sobre todo unos cánones profesionales y artísticos que a la postre constituirían los "marchamos de calidad" de "los productos" que serían apreciados política, social y culturalmente. Para ello el nuevo periódico buscó un representante en cada segmento social al que mostrar como "ejemplo" de lo que debía ser la España del 2000, y una corriente de pensamiento que facilitara la culminación de la transición democrática con la llegada de la socialdemocracia al gobierno de España.

La estrategia, vista con perspectiva histórica, era simple, pero entonces se presentó muy complicada. Consistía en elegir un modelo por sector social (un político, un sindicalista, un banquero, un arquitecto, un economista, un científico, un médico, un pintor, un escritor..., o varios en caso de necesidad) e incorporarlo al periódico, si era posible como colaborador o si no como referente al que citar una y otra vez, de modo ejemplarizante. La estrategia era sencilla, pero los movimientos tácticos fueron, en ocasiones, auténticas apuestas que se perdieron. No obstante, la perseverancia y la coherencia ideológica dieron sus frutos y El País terminó por ser un aglutinante que aunaba credibilidad y respetabilidad, entre otras cosas porque el trabajo estuvo bien hecho y porque, más pronto que tarde, se produjo la avalancha del cambio con la llegada de Felipe González al gobierno la noche del 28 de octubre de 1982.

También aquella fecha supuso el nacimiento, lento, confuso pero histórico, de La generación del cambio, una generación literaria que ya ha llegado a su madurez.

### **Los Editores**

A veces no se sabe cómo nace una generación literaria y hasta mucho después, décadas incluso, no se tiene clara percepción de un grupo referencial. La generación del cambio tiene sus orígenes en la transición (Francisco Umbral, por ejemplo, no se convierte en un escritor popular hasta que dispone de columna diaria en El País; y José Luis Sampedro comienza a triunfar en los 80, aunque sus méritos sean muy anteriores) y esta generación no empieza a comportarse como tal hasta que los suplementos literarios tienen incidencia en el universo lector, más allá de las revistas de información general, que son relegadas por la agresividad de los otros medios, sobre todo por el resurgir de la radio y la ley de las televisiones privadas.

Hasta entonces, la narrativa en castellano tenía sus puntos de referencia en autores como Cela, Torrente, Delibes, Vázquez Montalbán, Marsé, Martín Gaité, Rosa Chacel y otros, mientras al otro lado del Atlántico se producía el boom de la literatura latinoamericana, con García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, Rulfo, Borges y otros mil escritores copando la creación en español. Pero la creatividad renació dentro de España y poco a poco se equiparó la producción en cantidad y calidad para, finalmente, volver a protagonizar la prosa y la lírica en nuestra lengua.

Estos fenómenos tienen varios componentes. Sobre todo son protagonistas los escritores; pero también los críticos literarios, los suplementos y revistas, los medios de comunicación, los lectores y los editores. Por lo que se refiere a estos últimos, en el caso de la Generación del Cambio no es exagerado afirmar que las editoriales han tenido un fundamental papel y una participación que a la larga ha resultado esencial para entender la amplitud de sus miembros y, también, de su dispersión, a la que ya nos hemos referido.

Editores y editoriales como aglutinadores de una literatura concreta. La Generación del Cambio empezó a publicar en editoriales que crecían y se comprometían, como Tusquets, Seix Barral y Anagrama; con editoriales que se consolidaban y llegaron a liderar el mercado, como Planeta; y con nuevas editoriales que se crearon o se identificaron, como Alfaguara, Plaza & Janés, Muchnik o Ediciones B. Atrás quedaron sellos trascendentales para la literatura española (Espasa, Bruguera, Barral...) que luego se reciclaron, cambiaron de nombre o se incorporaron a los grandes grupos, produciéndose en el reagrupamiento una nueva configuración editorial de grandes grupos mediáticos por un lado (Planeta,

Santillana, Anaya...), editoriales independientes (Anagrama, Tusquets, Muchnik, Plaza & Janés...) por otro, y por fin nuevos sellos editoriales que se incorporaron para dar inicio a la promoción de autores que terminarían por consolidarse (desde Valdemar, Pre-textos y Akal a las novísimas Lengua de Trapo, Maeva, El Acantilado y otras muchas).

En los veinticinco años en que, más o menos, cabe encuadrar a esta generación, los movimientos editoriales han sido muchos y complejos, en todo caso difíciles de describir porque sus estructuras societarias y accionariales se conforman de acuerdo a los conceptos de la nueva empresa mercantil. Por encima, y de manera superficial, se sabe Seix Barral y Espasa, por ejemplo, forman ya parte de Planeta, como Destino, Del Bronce, Booket, Martínez Roca y otras; Plaza & Janés es ahora Random House Mondadori; y Prisa reúne a Santillana, el Grupo Timón, Aguilar, El País, Alfaguara, Suma de Letras y otras editoriales.

Por lo que respecta a los editores, a nombres como los de José Manuel Lara, Jesús de Polanco, Beatriz de Moura, Jorge Herralde y Mario Muchnik, que estuvieron desde el principio en torno a esta generación, se han añadido a lo largo de un cuarto de siglo otros muchos, cuya simple enumeración sería interminable. Desde veteranos como Sureda, Murillo, Palau, Revés, Suñén, Bértolo, Teixidó y Cruz, hasta los más jóvenes como Amaya Elezcano, Malcolm Barral, Ana D'Atri, Maite Cuadros, Juan Carlos González, Pote Huertas, Claudio Lamadrid, Carmen de Blas y otros muchos. Un grupo de trabajadores de la edición que ha hecho posible que se publicara la obra literaria de una generación que constituye la narrativa del final del siglo XX y que permanecerá un buen trecho del XXI.

### **Revistas y críticos**

Es posible que La generación del cambio sea la primera generación literaria de la historia que necesitó de los medios de comunicación escritos y audiovisuales para sobrevivir. También es posible lo contrario, esto es, que no haya existido esta generación, que ahora definimos como "del Cambio", precisamente por culpa de los medios de comunicación, que sirvieron para desvertebrar cualquier intento grupal. Los intereses económicos escondidos detrás de ellos hubiesen sido causa bastante para impedir la consolidación de una generación literaria con editoriales y escritores sobre los que no ejercían autoridad y, por tanto, de los que no percibían beneficios.

Suplementos literarios, páginas de cultura de periódicos y revistas, libros en la televisión, periodistas y críticos... A pesar de todo y de la ausencia de criterios uniformes estéticos y estilísticos, todos ellos dieron cobertura durante un cuarto de siglo a una generación literaria que, más que en ningún otro momento de la historia, necesitó a los medios de comunicación para difundir su creación. Porque el siglo XX y el XXI no se pueden entender sin el poder de la imagen, sin la presencia de la prensa, la radio y, esencialmente, de la televisión, para dar fe de la existencia de cualquier hecho: del literario también. Fruto de esta batalla por la hegemonía, en la que todo vale para conseguir un pico de audiencia mejor, la literatura se reveló como inservible. Los libros nunca han "vendido". Por ello no había, ni hay, programas literarios en horas de máxima audiencia, ni tampoco voluntad pedagógica en los medios. El lema parece decir que de la cultura han de encargarse las ONG's.

Pero, como contrapartida, y siguiendo un modelo puesto a prueba en EEUU, algunas editoriales españolas comenzaron a publicar el libro-basura o libro-kleenex, de usar y tirar: "libros de famosos, que no escribían los famosos, pero que firmaban

los famosos”, para que los consumidores (no lectores) pudiesen llevar a casa un libro del personajillo que copaba sus horas de televisión, aunque no tuviese nada que decir. Perich, inolvidable, lo definió perfectamente en un dibujo: “¿Y usted por qué sale por la tele? Porque soy famoso. ¿Y por qué es famoso? Porque salgo por la tele.” Fue Temas de Hoy, bajo la dirección de Ymelda Navajo, la que puso de moda en España este tipo de libro coyuntural y oportunista que, con el tiempo, y a la vista de su rentabilidad comercial, condicionó una nueva manera de actuar en muchas otras editoriales, que abrieron colecciones de libros sin trascendencia ni calidad sólo para satisfacer a un mercado torpe, inculto y que no merecía ser respetado salvo en sus aspectos económicos, lo que ahora parece sagrado sin que nadie sepa por qué. Si la literatura y el mercado nunca se han llevado bien, y poner a aquélla de rodillas ante éste parece una barbaridad, en la actualidad bien pocos pueden tirar la primera piedra. Es el signo de los tiempos. Y también la causa de que la “Generación del Cambio” se haya visto obligada a salir en los medios de comunicación para sobrevivir, compitiendo con quienes nunca debieron formar parte de esa carrera.

Los suplementos literarios y las revistas literarias serias (Disidencias, Cuadernos del Sur, Focus, El Cultural, Babelia, ABC Cultural, Posdata, El Caballo Verde, Culturas, Leer, Delibros, Reseña, Quimera, Letra Internacional, Revista de Libros, El Viejo Topo, La Estafeta Literaria, El Urogallo y otras) han intentado por lo general estar al margen de esa mezcolanza y dispersión, aunque no siempre pudiéndose librar de la presión del grupo empresarial al que pertenecían. Así, críticos que cruzaron airoso el puente desde la dictadura a la democracia, y otros más jóvenes surgidos en la transición, velaron por dar unidad a una literatura merecedora de ser catalogada. Rafael Conte fue uno de ellos. Santos Sanz Villanueva, Miguel García-Posada y Ricardo Senabre, otros. Y así hasta los más jóvenes, como Basanta, González, Goñi, Pilar Castro, Echeverría, De la Peña, Peinado, Acín, Antonio Jiménez, Castillo Gallego y tantos otros que dedicaron su esfuerzo a opinar sobre lo que escribían otros, aunque, como sucede siempre, su opinión y la de los lectores fuera divergente.

Los críticos literarios son importantes para la definición de cualquier movimiento literario. Aunque luego sean los primeros en ser olvidados. En el caso de la “Generación del Cambio”, también lo han sido. Pero el signo de los tiempos (otra vez) ha hecho más cuestionable que nunca su labor, a todas luces imprescindible.

### **Los agentes literarios**

Desde 1980 a la actualidad, una generación de escritores ha dado forma a un modo de entender la literatura que, lejos de la búsqueda de la innovación, ha significado un repaso al pasado y una reinterpretación de la actualidad, desde su particular punto de vista. Quienes escriben en esta época, los miembros de la generación del cambio, se caracterizan por su vocación para recrear y por su falta de unidad temática, lingüística y estilística.

Por lo que se refiere a la temática, se busca ajustar las cuentas con el pasado remoto o con el pasado inmediato, aumentando la afición por la novela histórica (la aparición de “El nombre de la rosa”, de Umberto Eco supuso un importante acontecimiento en EEUU y en Europa), con claras intenciones de hacerla identificable para el lector, y de revisar cuanto no se pudo decir durante toda la dictadura del régimen franquista. El otro modo de concebir la novela es reflejar la actualidad y reinterpretarla también, con el fenómeno añadido de la irrupción de las mujeres en la creación literaria, que han aportado un nuevo punto de vista, el suyo, con gran

aceptación entre el público lector, mayoritariamente femenino. La temática, así, es dispersa, variada y tan poco homologable que lo mismo se escribe sobre la relación de pareja que de las mujeres asturianas en la mina después de la guerra civil, con similar uso del lenguaje y de la estructura narrativa.

Porque, aun no existiendo unidad lingüística ni estilística, hay algunos lugares comunes en toda la novelística de la generación del cambio. Desde la apelación a la narración explícita sexual como elemento adjetivo pero ineludible, hasta la búsqueda de la emoción a través de finales fáciles o de tramas menores de corte sentimental y romántico como afluentes de la trama principal, o incluso como la misma trama principal. La ruptura de la unidad de estilo viene dada, más allá de las características de cada autor, por el uso de los más diversos géneros en la nueva novela, de tal modo que todas propenden a ser intergenéricas. Y por el hecho de la perversión introducida por aquellos no-novelistas que han tenido facilidad para publicar cualquier cosa que escribieran, por provenir de los sectores con popularidad y accesibilidad al mercado.

De todas formas, no son estos últimos quienes forman parte de esta generación, sino en todo caso los que pervierten una generación que, por lo demás, ha sabido mantenerse al margen de una popularidad fácil, por conocer que el camino era erróneo. La presencia poderosa de los medios de comunicación, buscando hacer mercado de la literatura más interesante, no ha podido romper la trascendencia literaria, aunque la irregularidad que puede observarse en algunos autores se deba, en buena parte, a la prisa editorial, a la voracidad del mercado y a la necesidad económica del escritor en la sociedad de consumo.

La vocación por la recreación, la falta de unidad establecida por una corriente hegemónica, la presión del mercado y la obligada (y continua) presencia en los medios de comunicación caracterizan a esta generación nacida con el cambio político y consolidada en el cambio de milenio. Y la intromisión de elementos ajenos a la literatura, impuesta por criterio de mercado, es la parte más negativa de un grupo narrativo y poético que tiene mucho que decir y que lo va a seguir diciendo. Un grupo representado por un personaje nuevo y fundamental, el agente literario, que ha aprendido a defender los intereses de sus autores sin desconocer las reglas que han impuesto, en su alianza, las editoriales, el mercado y el dinero. Agentes que gozan ya de alto prestigio en España y en el extranjero, encabezadas por la veterana Carmen Balcells y en cuyo pelotón de cabeza se encuentran Raquel de la Concha, Ángeles Martín, Elizabeth Atkins, Antonia Kerrigan, Silvia Bastos, Mercedes Casanova, Laura Merle, Mónica Martín, Anne Marie Vallat, Montse Yáñez, Ute Corner y, como excepción masculina, Alejandro Zugaza.

## **Los librereros**

En estos apuntes sobre la generación del cambio que poco a poco se van desgranando en estas páginas, aún queda por dar cuenta del papel que han jugado y siguen jugando las librerías y los librereros en el fenómeno comercial del libro, aunque no sólo comercial. Los librereros, desde siempre, han sido una especie de maestros populares, pedagogos del lector, especialistas bien informados a quienes acudir para asesorarse, pedir consejo, compartir opiniones e incluso discrepar. Las librerías son foros de tertulia, y el librerero es el maestro de ceremonias.

Con los años, este aspecto de la comunicación intelectual también se ha ido perdiendo en beneficio de la venta rápida y la comodidad de la gran superficie, de

modo que el libro ha terminado por considerarse un producto más que se compra el fin de semana y se echa al carro de la compra como el pan nuestro de cada día. Las ventas de libros son ya cosa de los grandes almacenes, los hipermercados y las grandes tiendas especializadas, hasta el punto de que se dice que El Corte Inglés (incluyendo sus Hiperacor) factura en torno al veinte por ciento de la venta total de libros en España y son las otras grandes librerías como FNAC, Crisol y La Casa del Libro las que le siguen en volumen de facturación.

Pero para el trato personal, el buen consejo y la cercanía con el vendedor siguen siendo imprescindibles las librerías. Por desgracia las hay de dos tipos: las atendidas por libreros y las regentadas por tenderos, estos últimos tipos peligrosos en rapiña a la busca del beneficio rápido, especialistas en colocar best-seller a cualquiera que se asome por su local y desinformadores profesionales de la verdadera literatura, porque ni leen ni les interesa lo que venden, sólo cuánto ganan vendiéndolo. Los tenderos de libros han florecido en torno al libro-basura (del que ya hemos hablado) y como libreros-basura debe desconfiarse de ellos. En estos tiempos de confusión, ellos no se resignan a permanecer al margen del aumento del confucionismo, protagonizando la escalada.

Los únicos libreros a tener en cuenta son los que aman los libros y saben qué deben recomendar y cómo ganarse la confianza del lector, que busca literatura, no bazofia. Libreros así también han formado parte (y siguen formándola) de la plantilla de grandes superficies (en El Corte Inglés y en La Casa del Libro, la FNAC o Crisol) pero para encontrarse fácilmente con ellos y conversar hay que buscarlos en las librerías más pequeñas porque, con su pasión por los libros, han participado en la consolidación de la generación del cambio.

Son los libreros de muchas librerías españolas, de las que aquí sólo pueden enumerarse algunas: Fuentetaja, Antonio Machado, Rubiños 1880, Rafael Alberti, Hiperión, La Avispa y Miraguano, en Madrid; Cervantes, en Salamanca; París-Valencia y Soriano, en Valencia; Follas Novas, en Santiago; Popular, en Albacete; Antonio Machado, en Sevilla; Alfar, en Palencia; Babel, en Castellón, Quórum, en Cádiz, La Librería General, en Zaragoza... Pero hay muchas más en cada una de las grandes y pequeñas ciudades de toda España, en Bilbao y en Barcelona, en Avilés y en Jaén, en A Coruña y en Granada. Gente apasionada por el libro, con cultura y sentido común, tan imprescindibles para extraer el poco grano de la mucha paja que les llega a la librería y saber qué han de recomendar y a quién deben recomendárselo porque, como se sabe, un mal lector también estropea un libro.

Son los libreros que han participado en la generación del cambio, como Mari Paz, Miguel Visor y Miguel Hernández (Antonio Machado-Madrid), Zote, Pepa y José Fuentes del Pilar (Miraguano), Fernando Valverde, Sánchez Rupérez (Cervantes), José Luis Colmeiro (Follas Novas), Antonio Rubiños, Santiago y Javier Pastor (Rubiños), Carmen Reina (Antonio Machado-Sevilla), Lola Sanz (Rafael Alberti), Pere Duch (Babel), Pepe Jaime (Quórum), Carlos Puente (Librería General), Ángel Collado (Popular), Charo Albarrán, Alfonso y Amparo Gracia (Casa del Libro), Antonio Castillo (Crisol) y tantos otros libreros de vocación y sabiduría sin quienes no hubiese sido posible la clarificación de la literatura española de estos veinte años, tan complejos y rebeldes a la sensatez.

## La radio y la T.V.

Durante las dos últimas décadas del siglo XX y en estos comienzos del XXI la generación del cambio ha contado con la posibilidad de utilizar la radio y la televisión para dar a conocer, explicar y promocionar sus creaciones literarias, pero por desgracia estos medios no han encontrado en la literatura el interés que les hubiera hecho dedicar tiempos y espacios de programación. En los restantes sectores de la creación, sobremanera el cine, han encontrado eco por la repercusión de los actores y actrices, como con la música; pero ni las artes plásticas, ni el teatro ni la literatura han encontrado su hueco.

En Alemania y en Francia, por ejemplo, hay programas de televisión dedicados a los libros que llevan en antena varias décadas. En España, TVE, la cadena pública, apenas los ha prestado atención, y las cadenas privadas, en el mejor de los casos, dedican unos minutos de sus informativos a las novedades literarias siempre que el autor goce de la suficiente popularidad, que no es lo mismo que calidad, naturalmente. Pero las cadenas públicas, La Primera, La 2 y los canales autonómicos, se resisten a promocionar la lectura y a participar en las campañas a tal fin diseñadas por el Ministerio de Cultura y los Gremios de Editores o de Libreros.

Las cadenas autonómicas, desde luego, prescinden en su totalidad de los libros (caso de Telemadrid, Canal Nou y Canal Sur), o los relegan a los segundos canales, como Eukal Telebista (donde se emite un buen programa de David Barbero) y TV3. Una lástima y un desperdicio, sin duda, porque la Comunidad Autónoma de Madrid, por ejemplo, estuvo presidida muchos años por un escritor, Joaquín Leguina.

En TVE, a lo largo de veinticinco años, se han sucedido diversos programas de libros, todos ellos emitidos en horarios de escasa audiencia y sin el preciso apoyo promocional. Como por obligación, esa era la impresión que daban. También es cierto que su formato, por lo general, no se ha adecuado a los tiempos ni a los más modernos criterios audiovisuales, pero aún así lo esencial es que no gozaban de buen horario de emisión ni del presupuesto que necesita un programa para atraer a los públicos televisivos, muy pasivos. En la primera y en la segunda cadena de TVE se han emitido algunos programas, de los que sólo sobreviven Negro sobre Blanco, dirigido y conducido por el escritor Fernando Sánchez-Dragó y Los libros, un espacio que fue dirigido y presentado por el periodista Eduardo Sotillos y el escritor Juan José Armas Marcelo, con la colaboración de la periodista Pilar Socorro, y que ahora conduce en solitario el segundo.

Por lo demás, en los telediarios de mediodía de La Primera se incluyen con frecuencia informaciones de novedades literarias, más en los últimos años que en los anteriores, ciertamente. Y otros programas de libros de estos años fueron el conducido por Luis Carandell en Antena-3 TV, que duró poco tiempo, el microespacio de Ignacio Amestoy a las nueve de la mañana en TVE-1 y poco más: programas culturales que, en ocasiones, trataban aspectos literarios, como Metrópolis, Nosólomúsica o La noche temática. Y el de Goyo González en Localia. Es de destacar que no existe ni un solo canal temático dedicado a la literatura. No es mucho para una generación literaria cuyo ecosistema ha sido la televisión.

En radio, los libros han estado presentes en casi todos los grandes magazines de la mañana y de la tarde, pero tratados como entrevistas al autor. El libro, en sí mismo, no ha dispuesto apenas de programas propios, si acaso una relación de novedades, una recomendación esporádica o un debate sobre algún libro polémico.

Programas literarios, al estilo de La Noche, los jueves, con María José Bosch, no se producen. La literatura, a la vista está, no es rentable ni para la radio ni para la televisión.

La generación del cambio, por ello, ha tenido que contemplar a los autores famosos (la mayoría de ellos, paradójicamente, por otra cosa, no por ser escritores) ocupando los escasos minutos dedicados en estos medios a la literatura, y ello a pesar que durante estos años C. J. Cela y García Márquez obtuvieron el premio Nobel y la literatura facturó anualmente más de tres mil millones de euros. Pero con la televisión y la radio mirando para otro lado.

## **Internet**

El nacimiento y desarrollo de Internet ha supuesto una nueva ventana en apoyo de la literatura, y aún no ha hecho sino empezar: el verdadero papel a jugar por las nuevas tecnología con respecto al libro está por descubrir y por aprovechar. La generación del cambio ha llegado justo a tiempo de disfrutar de este nuevo sistema de comunicación que ha empezado por abrir portales literarios en la red, por disponer de páginas personales de los autores para que puedan acercarse a ellos todos los lectores que lo deseen y por abrir espacios donde están impresos los libros y, tarde o temprano, podrán leerse en el ordenador o imprimir sus páginas para disponerse a su lectura.

Internet es un sistema aún joven y del que los mayores desconfían. Pero es el futuro, sin lugar a dudas. Incluso no sería aventurado afirmar que aquellos escritores que no estén en Internet no existirán, como hasta ahora no existían quienes no estaban en las librerías. Es el más trascendental de los avances tecnológicos del siglo XX, y la generación del cambio todavía puede aprovecharse de él.

Por ahora, los medios de prensa escrita, periódicos y revistas, tienen sus formatos digitales para ser leídos en la red. También los grandes portales, como Terra, Eresmás u otros, disponen de información literaria; al igual que los periódicos y revistas exclusivamente digitales, como La Estrella Digital o Micanoa, que dirige Fernando Jaúregui.

Así, los suplementos literarios de los periódicos (El Cultural, Babelia, ABC Cultural, El Caballo Verde, Culturas...) tienen su formato en Internet, y algunas revistas (por ejemplo "Leer") también pueden ser leídas en la red. Pero en Internet caben las más diversas páginas literarias como Cisne Negro, El Crítico, La Perinola, ClubCultura (página de la FNAC), El Archivo de Nessus (dedicado a la ciencia-ficción), Megalibro, Ariadna y Zona Literatura. Y, entre ellas, merece mención especial Literaturas.com, dirigida por Ignacio Fernández, un esfuerzo que da un resultado destacable.

En la red informática también puede consultarse el ISBN, con todas las obras que se han publicado en España durante estas dos décadas. Y visitar bibliotecas virtuales que permiten conocer fondos y copiar textos íntegros, como lo que ocurre con Cervantes.com, un proyecto digital puesto en marcha por la Universidad de Alicante con apoyo del BSCH que contiene la práctica totalidad de los clásicos españoles.

Una información total y global que permite la presencia de los libros en un soporte nuevo y que, con el tiempo, se revelará trascendental. Por ahora, pueden conocerse las posibilidades en esas páginas que informan ampliamente de libros, autores, bibliotecas e Instituciones y que son de fácil consulta. Entre ellas, dentro de elmundo.es, puede encontrarse mundolibro, y en su interior Letras en la Red. Y en literaturas.com pueden leerse entrevistas literarias, críticas, novedades, y una amplia gama de informaciones.

Otro aspecto que estará a disposición de los escritores es el relacionado con el mundo de la publicación directamente en Internet. Existe ya manuscritos.com, donde pueden comprarse textos editados sólo para la red, y pronto se dispondrá de libros, se hayan o no publicado en papel. Stephen King colgó en la red una novela corta y vendió setecientos mil ejemplares. Otros experimentos similares se han hecho con buenos o malos resultados. Pero en cuanto el parque de ordenadores sea universal y la familiarización con el instrumento un hecho, las posibilidades de la literatura virtual serán ilimitadas.

Por ahora baste conocer que los autores, novelistas y poetas de la generación del cambio, han de integrarse en este penúltimo avance de la tecnología para participar de el espacio cultural que les corresponde y que no pueden dejar en manos de otros.

### **Los poetas**

La generación del cambio ha sido un importante grupo literario, capaz de devolver a las letras españolas la preponderancia que en décadas anteriores tuvieron las letras latinoamericanas (o hispanoamericanas, no vayamos a discutir por eso) y capaz de volver a poner en manos del lector un conjunto de libros que podían, por sí mismos, reflejar una época, transmitir un pensamiento y redondear un sistema literario en la complejidad y en la diversidad. Una generación de novelistas y poetas que, en definitiva, tuvieron que aprender a sortear las imposiciones del mercado, la tentación de ser serviles con los poderes económicos y, lo más destacable, la capacidad de salir o apartarse de una tendencia igualadora según la cual tanto daba ser escritor, periodista, contable o famoso, todo valía para publicar un libro... y que se vendiera.

En lo referente a los poetas que forman parte de la generación del cambio puede decirse que a la cantidad se le añade la calidad, así como que la poesía en España ha empezado a revitalizarse en buena medida gracias a los premios literarios, cada vez más exigentes, y a que su presencia es cada vez más continuada en revistas y suplementos literarios. Si a ello se añaden fenómenos esporádicos de gran aceptación popular (Ciento volando, de Sabina, es un ejemplo de ventas), la poesía renueva el interés de los lectores, que además ven en conmemoraciones como el "Año Cernuda" un acercamiento, casi una familiarización, con el género más difícil y más antiguo de los existentes.

La poética española de estas dos últimas décadas se ha visto a menudo sacudida por pequeños movimientos de tierras y algún que otro enfrentamiento dialéctico entre sus autores. Se ha hablado de la "poesía de la experiencia" y de la "poesía de la diferencia", con sus partidarios y sus detractores; se han manifestado los autores de la generación de los sesenta, los novísimos y los jóvenes sin adscripciones grupales.

Y se han reivindicado viejos poetas, como Ángel González, José Hierro y Valente, así como los más jóvenes de generaciones anteriores, desde Antonio Hernández a Luis Antonio de Villena o Antonio Colinas; y hasta el mismísimo Rafael Alberti, el penúltimo de la generación del 27.

Hacer una nómina de los miembros de una generación es imposible porque citar a García Montero y no a Benítez Reyes, o a Félix Grande, por ejemplo, sería *casus belli*. Y lo cierto es que, se mire como se mire, citar a unos sí y a otros no, aunque no sea más que como representación, conduce a la injusticia en la selección. Cabe, en todo caso, dar por sentado que el lector tiene en su memoria a los más importantes y limitarse a recordar a los menos conocidos, considerando en todo caso que de una generación, cualquiera que sea, forman parte todos los poetas que hayan escrito y publicado sus poemas, salvo que expresamente declaren que no les une ningún vínculo emocional o literario con los autores de su tiempo y reivindiquen su pertenencia a otro universo creador. Todos, pues, son miembros de la generación del cambio, los que todos tenemos en la cabeza y los que nos gustan. Y además, Carlos Marzal, Vicente Gallego, Juan Carlos Mestre, Juan Cobos Wilkins, Antonio Lucas, Pablo García Casado, Guadalupe Grande, Manuel Francisco Reina, Ana Rossetti, Juan Manuel González, Esperanza Ortega, Neus Aguado, María Sanz, María Rosal, Aurora Luque, Ángela Vallvey, Isla Correyero, Ana Merino, Luisa Castro, Roger Wolf, Jesús Aguado, Carlos Briones, Andrés Neuman, Dolors Alberola, Yolanda Castaño, Luis Alberto de Cuenca, Carmen Jodra, Ester Gimenez, Emma Couceiro, Miriam Reyes, Dulce Chacón, Álvaro Valverde, Juan Carlos Abril, Ángel Paniagua y una larga relación de otros autores que a mí, personalmente, me gustan mucho, desde casi desconocidos como Manuel Spínola hasta muy jóvenes y prometedores, como la gaditana Carmen Moreno.

Una generación poética importante, en fin, que no sólo no cabe en estas líneas sino que, enumerada exhaustivamente, daría para una antología de varios miles de páginas. Afortunadamente.

### **Los novelistas**

La generación del cambio se definirá, con el paso del tiempo, por sus novelistas y por el mundo que les rodeó (y que tanto ha cambiado) en estos veinte años. La novela ha sido, en estas décadas, el género literario que ha podido definir con más precisión a esta generación, aunque la aparición del ensayo (o más exactamente: de los libros de no-ficción) ha supuesto un revulsivo en el mercado, al menos en lo que se refiere a las ventas de libros. Pero al margen de los criterios comerciales, tan ajenos a las preocupaciones de la verdadera creación literaria, la importancia de la novelística creada en España se caracteriza porque ha sido capaz de tomar el relevo a la hispano-americana de los sesenta y los setenta y exhibir un protagonismo que antes se situaba en el centro y el sur de América.

Los escritores de la generación nacida en los ochenta, coincidente con la llegada de los socialistas al gobierno de España y administrada en sus orígenes por el diario El País, forman un conjunto amplio, en el que se incluyen autores de treinta y de sesenta años, naturales de cualquier punto de España e ideológicamente distintos, pero con la característica común de no considerar válido otro sistema político que la democracia parlamentaria, aun conociendo sus limitaciones. Son autores que geográficamente tienen sus raíces particulares (canarios, leoneses, andaluces y catalanes han despertado alguna que otra sospecha intelectual cuando se han reagrupado en torno a sus propios intereses) y que generacionalmente se han

destacado por repetir con demasiada frecuencia el grito de isálvese quien pueda! ante las agresiones del mercado. En definitiva, la literatura española ha evolucionado de tal modo en estas décadas que bastante han tenido los autores con salvar su propia obra, como para trabajar por intereses colectivos.

La aparición de Internet no ha influido en su creación, acaso sólo en la promoción o divulgación de su obra; el ninguneo de la televisión a la literatura no ha ayudado, pero tampoco ha perjudicado especialmente; la reconversión de las editoriales en empresas sin romanticismo ha dejado demasiados cadáveres en la cuneta, y no se sabe cuántas mentiras y farsas en las mesas de novedades; y el fortalecimiento de entidades asociativas, como la ACE, está abriendo el camino por el que se dotará a la creación literaria de la dignidad laboral y asistencial que nunca tuvo.

De la generación del cambio han surgido autores internacionalmente famosos, conocidos en toda España o conocidos en su comunidad autónoma, pero en conjunto con un prestigio que deja fuera de toda duda la calidad de su creación. Pequeños incidentes, como los recientes casos conocidos de plagio y otros aún no conocidos que, de darse a conocer, pondrá en evidencia a unos cuantos autores, no limitan ni menoscaban el valor literario de toda una generación. Como tampoco el reagrupamiento en sectas, lobbys y grupos de afecto que, apoyados o no por los intereses de un medio de comunicación o editorial, ensalzan o niegan deliberadamente a tal o cual autor. Es posible, como se dice, que los escritores hablen mal unos de otros por norma, pero en este universo de la literatura española "lo peor no son los autores", como dijo el editor argentino.

Tal vez dar una relación de los escritores de la generación del cambio es superfluo. Son, ni más ni menos, todos los que escriben en la actualidad: desde los más jóvenes (Espido Freire, Eugenia Rico, David Santander...) a los mayores (Umbral, Andrés Sorel, José Luis Sampedro...); es decir, los que han publicado una obra sólida entre 1980 y hoy y quienes, aunque sea con un par de novelas, pertenecen inequívocamente al movimiento descrito en estos apuntes.

Una generación que aún no ha dado de sí lo mejor que lleva dentro y que hasta pasadas cuatro décadas no empezará a ser estudiada como tal, pero cuyo asentamiento y repercusión será trascendente para la literatura que se escriba en España durante todo el siglo XXI.